



CONFERENCIA

UNA PERSPECTIVA FILOSOFICA DE LA CRISIS FINANCIERA MUNDIAL

Augusto Perez Lindo,

Dr. en Filosofía.

Ex Profesor Titular de Filosofía en la UBA.

Director de la Maestría en

Gestión Universitaria del Mercosur, UNLZ.

1. La globalización de la globalización

El colapso financiero actual tiene consecuencias dramáticas pero también abre el camino para replantear las ideas que llevaron a una encrucijada el proceso de globalización. Desde un punto de vista filosófico podemos destacar tres aspectos significativos para interpretar la crisis actual: el cambio en la consciencia de la globalización, la revalorización del Estado y el surgimiento de una idea de gobierno mundial.

Muchos se gratificaron observando como la globalización financiera tenía un efecto “revertido” sobre los Estados Unidos que normalmente dictaba consejos asimétricos sobre la economía de otros países. El funcionamiento de un sistema-mundo implica que cualquiera de sus partes puede afectar a las demás. Pero los Estados Unidos se comportaban como si el “centro” de la globalización fuera inmune a los problemas de la “periferia”. Ahora la situación parece revertirse: son los países en desarrollo los que tienen que protegerse de la crisis financiera norteamericana.

En su decadencia el Imperio Romano tuvo que asimilar a los “bárbaros”. En su crisis actual los Estados Unidos descubren que están “globalizados” como el resto del mundo. Aunque abundan en distintas direcciones las críticas a la globalización lo que podemos destacar en esta crisis es **el avance no el debilitamiento de la consciencia global**. Se ha extendido en la opinión pública mundial la idea de que este proceso tiene



un carácter “universal”, aunque existan aún muchas resistencias para asumirlo. Antes de la crisis esto no estaba claro ni en la sociedad norteamericana, ni en Europa ni en otros lugares. En Estados Unidos muchos presionaron a los congresistas alegando que los problemas iban a encontrar una solución en el mismo mercado y que no era precisa la cooperación internacional. **La crisis financiera produce una nueva toma de conciencia respecto a la universalidad de los procesos en un contexto de globalización.** Los esquemas mentales anteriores fundados en la idea de “centralidad”, “hegemonía” o “aislamiento” respecto del mundo se derrumban. Sin embargo, en EE.UU., Europa y otros lugares todavía hay quienes sostienen que el mercado o un país por sí mismos pueden superar la crisis. Lo que filosóficamente podríamos caracterizar como una contradicción entre la experiencia real y su concepto.

El “capitalismo global” está sujeto a todas las cadenas de consecuencias de un sistema-mundo. El creador de este concepto, Immanuel Wallerstein decía recientemente en un reportaje de *Le Monde* (Paris, 12 de octubre 2008): *el capitalismo no alcanza a “formar sistema”... cuando un sistema, biológico, químico o social, se desvía demasiado y demasiado a menudo de su situación de estabilidad, no alcanza más a recuperar el equilibrio y se asiste entonces a una bifurcación.* ...El diagnóstico de Wallerstein es lapidario: *estamos en crisis. El capitalismo llega a su fin.*

En otro sentido, más discreto, Waltraud Schelkle (Universidad Libre de Berlin) afirma que *“todo lo que vemos es coordinación entre bancos centrales. En este sentido la crisis está en la etapa del capitalismo internacional, ni siquiera entró en la etapa del capitalismo global”* (**La Nación**, *¿El final de una era?, 12.10.08*). Desde esta perspectiva uno podría preguntarse si el FMI y el Banco Mundial pueden ser congruentes con el propósito limitado de un “capitalismo global”. Algunos sostienen que en los umbrales de un nuevo orden económico mundial deberían desaparecer.

En todo caso, lo que podemos observar es que una retracción de algunos miles de deudores hipotecarios en Estados Unidos puede desencadenar la caída de bancos y de economías en distintos países. Las conexiones sistémicas en el mundo global deberían ser obvias, pero había dejado de serlo en la cultura especulativa y bursátil que se creó en las últimas décadas. Esto preparó la inconsciencia de quienes creían en la supremacía del capital financiero y practicaron un voluntarismo hegemónico sobre el resto del



mundo invocando las leyes del mercado. Las creencias neo-liberales traducidas en dogmas se habían instalado como paradigmas. Ahora se encuentran en el epicentro de todas las críticas porque afectaron al corazón mismo de las metrópolis capitalistas. Keynes y la intervención del Estado vuelven a escena.

La “fetichización” del dinero que tanto Marx como otros han criticado desde el siglo XIX puede considerarse como uno de los factores de la crisis. Forma parte del arsenal ideológico que desde hace más de cien años pronostica el fin del capitalismo. Sin entrar a discutir esta y otras hipótesis podemos señalar que la actual cultura especulativa tomó un gran impulso con el surgimiento de un “capitalismo financiero virtual” que asistido por los sistemas de información permitió realizar en tiempos muy breves grandes maniobras y grandes ganancias en los mercados bursátiles. Los nuevos especuladores, yuppies y brockers recién salidos de la universidad con sus computadoras y sus cálculos matemáticos, multiplicaron las ganancias en operaciones virtuales que se “desacoplaron” de la “economía real”. Las finanzas virtuales crearon sus propias reglas de acumulación. Cualquier “target”, desde el poroto de soja a Madonna, desde CNN a Yahoo, podía ser objeto de una “burbuja especulativa”. La economía mundial pasó a depender no tanto de la riqueza de las naciones como de las nuevas condiciones de la economía simbólica que operaban fuera de las categorías del espacio y del tiempo de la economía real.

Todavía no se han analizado suficientemente las consecuencias de la virtualización de la economía. Que no es un fenómeno aislado, forma parte de un proceso más amplio que se observa en otras dimensiones de la sociedad: comercio electrónico, economía simbólica, sexo virtual, educación virtual, relaciones intersubjetivas virtuales, todos fenómenos que remiten a un cambio en la noción de “realidad”. Algunos lo denominan “des-realización”, otros “des-materialización” y otros “des-sustancialización”. Estos conceptos aluden, entre otras cosas, al hecho de que los intercambios dependen no solo de transacciones y comunicaciones interpersonales sino de un complejo de comunicaciones mediadas por las tecnologías de la información.

Se ha creado una dimensión en la que todo lo real es virtual y todo lo virtual es real. Sigmund Bauman habla de “tiempos líquidos”. En este contexto la economía y la finanzas también se “desrealizaron”. Además de las cuestiones prácticas, uno de los



problemas que tienen que abordar quienes se ocupen de resolver la crisis del sistema financiero mundial es cómo regular esta nueva realidad cuyos alcances filosóficos y prácticos parecen difíciles de definir. He aquí un tema posible para un próximo Premio Nóbel de Economía.

2. El redescubrimiento del Estado

El segundo aspecto de la crisis actual es el retorno del Estado como actor, regulador, mediador. En las votaciones que tuvieron lugar en el Congreso de los EE.UU. sorprendió constatar la ingenuidad dogmática y suicida de representantes republicanos que se negaban a todo rescate financiero del Estado alegando la autonomía de las leyes del mercado. Querían morir con las botas puestas. En Europa, países como Alemania, Islandia o Irlanda, pensaron al principio que las respuestas debían ser simplemente locales. Fuera del Estado, fuera de la globalización, estos eran los reflejos que se manifestaron.

Francis Fukuyama, que en 1992 había declarado la apoteosis del neo-liberalismo en **El fin de la historia**, en 2004 escribió otro libro sobre **La construcción del Estado** para advertir sobre los peligros del debilitamiento de los Estados. Inventó allí la categoría de los “estados fallidos”, e irresponsables, aludiendo a países donde nadie puede ya garantizar la vigencia de políticas públicas. Luego de la guerra de Irak y de esta crisis financiera muchos aplican estas categorías a Estados Unidos. Michael Moore se ha hecho famoso con críticas semejantes en sus documentales.

Ahora, tanto los liberales como otros críticos del Estado descubren que sin la intervención de un poder público eficaz no puede existir una economía mundial y tampoco puede subsistir el “estado de derecho”. ¿Podremos hablar de una nueva onda de “neo-estatismo”? Seguramente. No tanto porque lo digan algunos actores políticos sino sobre todo porque los problemas económicos, sociales y ecológicos a escala mundial requieren un fuerte consenso en torno a políticas e instrumentos públicos eficaces. La vuelta al Estado surge en el seno mismo de las metrópolis neo-liberales como un intento pragmático y desesperado por rescatar sus propias economías.



¿Paradoja? No, más bien “astucia” de la Historia, como diría Hegel. Pero, nada indica que el retorno del Estado pueda tener las características del pasado. Sencillamente, porque el mundo cambió.

Podemos decir que desde la década de 1980 se propagó en el mundo la crítica a la intervención del Estado desde distintos ángulos ideológicos. En la economía fueron los neo-liberales los que llevaron la voz cantante, en la filosofía los postmodernos, en el plano jurídico-político los defensores de las minorías y los comunitaristas. Limitar la intervención del Estado se convirtió en una creencia generalizada: contra el estatismo comunista, contra el Estado Benefactor, contra las dictaduras estatistas, contra los populismos estatistas, etc. No fue la obra perversa exclusiva de los neo-liberales, se trataba de un consenso generalizado que justificó la neutralización o la desestructuración del Estado en todos los niveles. El Estado–Nación parecía el responsable de todas las desviaciones. Ahora, en Estados Unidos, último baluarte del individualismo institucional, se está asumiendo que sin regulación del Estado no puede perdurar el sistema financiero nacional y global.

La “centralidad” y el “descentramiento” del Estado son ideas que han pugnado por imponerse, todo a lo largo del siglo XX, con diferentes posiciones. Nadie ha llegado tan lejos como para eliminar las funciones mínimas del Estado y los regímenes que intentaron subordinar toda la sociedad al Estado no han podido sostenerse. La caída del sistema soviético no es más que un ejemplo. Es evidente que en América Latina se produjo un vuelco histórico con la vuelta a regímenes democráticos a partir de la década de los 80. En este proceso un punto crucial fue el trasvasamiento del poder del Estado hacia la sociedad. Muchos demócratas pensaron que eliminando los mecanismos de control, regulación o planificación del Estado se favorecía la autonomía de la sociedad.

En esta tensión entre el Estado y la sociedad hay que tener en cuenta que los procesos de “individuación” en Occidente crearon nuevos espacios y nuevos poderes al alcance del ciudadano común. Los procesos de individuación fueron estimulados por la escolarización masiva de las poblaciones que crearon sujetos con mayor autonomía, ciudadanos con mayor conciencia de sus derechos. La globalización de la economía y de los medios de comunicación favoreció el acceso personalizado a bienes culturales o de consumo que hicieron creer que todos los individuos participaban de la ciudadanía



mundial. Pequeños ahorristas y jubilados entraron a operar en las bolsas. Trabajadores migrantes cruzaron de a millones las fronteras de sus países para ocupar posiciones en los países centrales. El Estado seguía siendo asociado con fronteras, policías y burocracia administrativa. Nadie quería eso.

De pronto descubrimos que necesitamos el Estado para controlar procesos como el “calentamiento global” que amenazan el futuro del Planeta. La violencia crece en las ciudades y se descubre que el Estado está ausente para garantizar el ejercicio de los derechos. Redescubrimos la necesidad del Estado para regular el sistema financiero que amenaza la economía-mundo. La pobreza, aún en los países ricos no puede enfrentarse sin una fuerte intervención pública. Las ONG y el Tercer Sector, no pudieron demostrar en la década de los 90 o ahora, que pueden resolver ese problema sin el Estado.

El Estado vuelve, pero seguramente de otra manera. Pensar las nuevas formas del Estado requiere un pensamiento complejo donde habrá que considerar la interdependencia de los individuos, comunidades, estados nacionales, movimientos sociales y el sistema- mundo. El paradigma fragmentario y polarizado que conocemos hasta ahora no puede durar.

3. El horizonte de un gobierno mundial

Aquí debemos introducir la tercera dimensión filosófica de esta crisis: el surgimiento de una idea de gobierno mundial. Esta idea se insinúa de manera muy poderosa, pero nadie se atreve a explicitarla. Nada tan espantoso para un ciudadano norteamericano (demócrata o republicano) como la idea de una entidad supranacional que pueda intervenir en sus asuntos. Sin embargo, Hollywood, Wall Street, Detroit o el Silicon Valley, contribuyeron a propagar en el mundo ideas, imágenes, objetos y comportamientos que tendieron a homogeneizar la humanidad. Estados Unidos fue una usina de ideas globalizadoras, pero curiosamente las mayores resistencias a un modelo de desarrollo mundial se encuentran en ese país.

La cuestión es saber si Estados Unidos aceptará continuar la deriva de un Imperio hacia su decadencia o si aceptará las condiciones de un nuevo modelo histórico



multicéntrico y verdaderamente global. La contradicción profunda de Estados Unidos en este momento es que siendo la principal potencia globalizadora se resiste a aceptar las consecuencias de la globalización, es decir, la inserción en un sistema complejo donde habrá que aceptar la interacción de una multitud de actores.

Ahora bien, si pensamos la globalidad en términos coherentes el desafío no es sólo de los Estados Unidos sino también de Europa., América Latina, Asia, África, en fin, de todo el mundo. El derrumbe del capitalismo, si se produce, no va a generar automáticamente, como algunos piensan, un nuevo orden económico mundial. Y esta alternativa no se va a resolver de un día para otro en una asamblea planetaria. De modo que tenemos que contar con la formación de un consenso intersubjetivo y con la creación de mecanismos para hacer viable una comunidad mundial justa.

La idea de un gobierno mundial tiene antecedentes históricos y filosóficos. El Imperio Romano, la Iglesia Católica, el Iluminismo Europeo, el comunismo, la Sociedad de las Naciones, las Naciones Unidas, los movimientos tercermundistas y ecologistas han generado ideas en este sentido, sin olvidar a pensadores de diverso signo que hablaron al respecto. Pero nunca como hoy el mundo presenta las condiciones para crear una comunidad mundial. En 1948 fueron proclamados en Naciones Unidas los derechos humanos universales que constituyen el consenso moral más amplio que jamás se haya logrado. Desde aquel entonces fueron discutidas y aprobadas numerosas declaraciones para responder a los problemas mundiales. Pero al consenso moral le hace falta el contexto de aplicación, o sea, un gobierno mundial.

Las Naciones Unidas se han demostrado impotentes para aplicar las generosas y prometedoras declaraciones que surgieron de su seno. Lo que le hace falta son mecanismos y poderes de decisión. La creación del Tribunal Penal Internacional ha sido una de las iniciativas que nos acercaron a la creación de un espacio de justicia global. Pero carecemos de un consenso pragmático en torno a un modelo de desarrollo mundial que contemple como prioridades la superación del hambre, de la pobreza y de los desastres ecológicos. La crisis financiera actual puede ser una oportunidad para avanzar en ese sentido siempre y cuando las medidas para resolverla no se reduzcan a un salvataje del sistema financiero olvidando los problemas de fondo. Está claro que



Revista Estudios en Ciencias Humanas.
Estudios y monografías de los postgrados
Facultad de Humanidades- Universidad Nacional del Nordeste

fuera de la humanidad global no hay salvación. También debería estar en claro que sin un modelo de desarrollo mundial tampoco hay salvación.